



MILTON ROSSEL

EL 1º DE MAYO del presente año falleció en Concepción don Milton Rossel, Director de *Atenea* desde 1954.

Los lectores de esta revista han podido ver, en su último número, una breve nota que se alcanzó a poner al pie de su interrumpido artículo sobre Joaquín Edwards Bello. De este modo, en el comienzo de ese número, se enlazaban las muertes de dos escritores chilenos: uno, el alto novelista de tantas páginas inolvidables; otro, un crítico literario de renombre.

Habían sido amigos de amistad no estrecha, pero sí constante. A pesar de largos períodos en que dejaban de verse, seguían en comunicación sostenida. La última visita de Rossel a Edwards Bello lo afectó hondamente. La situación en que pudo verlo despertó quizás qué oscura conciencia de afinidad ante el destino. La muerte que se diera Edwards selló este impacto.

Crítico literario de *Zig-Zag*, de *La Nación* y de otras publicaciones, entregó la parte de su producción más importante a través de su habitual colaboración en *Atenea*. Aquí están esparcidos sus estudios sobre Eduardo Barrios, sobre Mariano Latorre y el criollismo en general, sobre Alone y tantos otros. Esperan su recopilación, un orden adecuado que revele lo que hubo de esfuerzo iluminador de las letras chilenas en este crítico esencialmente alejado de toda metodología sistemática. Heredero de Domingo Melfi en este aspecto, comparte igualmente con él su gusto por los clásicos, por las figuras consagradas de la literatura chilena.

Tal vez no hubo escritor más admirado por él que Eduardo Barrios. Esta preferencia coincide, por un lado, con la adhesión de

casi toda una generación de críticos al género narrativo. Manifiesta, por otro, como en un espejo exacto, los ideales de su gusto, los principios implícitos que regían la actividad crítica de don Milton Rossel. Admiraba en Barrios la capacidad expresiva y la sabiduría psicológica. Los abundantes artículos y ensayos dedicados al escritor insisten en esas dos cualidades, que de ningún modo eran para él fórmulas convencionales. Pues son ellas, justamente, las notas que orientan la totalidad de sus juicios literarios, lo que exigía a todo libro que debía valorar: dominio del lenguaje y conocimiento del alma. El imperativo humanista se unía así a su extenso ejercicio como profesor de Castellano. Y esto lo fue en el óptimo sentido de la palabra, ese sentido que se extingue cada vez más en las nuevas generaciones profesionales: el del profesor que conoce la métrica y la preceptiva, que tiene trato asiduo con las estupendas gramáticas de Bello y de Lenz, las cuales no lo separan del objeto literario, sino inversamente, le suministran las pautas para la exacta aquilatación de un oficio. Sobre estos aspectos de la obra de Barrios, sobre su artesanía básica, dejó Rossel, en el fluir de la charla, muchas ricas observaciones que no han sido consignadas por escrito. Esperan, también, la merecida evocación por quienes pudieron escucharlas.

En 1967 pensaba don Milton Rossel arreglar sus papeles literarios con el fin de darlos a la publicación. Sus ocupaciones del momento y el afán de pulir y de completar sus trabajos fueron llevándolo a postergar la entrega de esas páginas a quien se lo requería insistentemente desde Santiago. Esta revista se reserva, desde este momento, la tarea futura y más amplia de promover un esclarecimiento de conjunto de su labor crítica, que permita medir con justicia su aporte al estudio de las letras nacionales.

Entre tanto, la Universidad de Concepción ha rendido homenaje al que fuera por largo tiempo el director de su principal órgano de difusión. Participaron en esa oportunidad el crítico literario señor Luis Sánchez Latorre, en representación de la Sociedad de Escritores de Chile; el poeta señor Roberto Meza Fuentes, por el Pen Club, y el profesor señor Luis Muñoz, en representación de esta Universidad. Se reproduce, a continuación, este último testimonio.